

AÑO XIII, SERIE II

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Dr. Mario Sáenz

Por la Facultad

Adelino Galeotti

Por el Centro de Estudiantes

Nestor B. Zelaya

Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Mario A. de Tezanos Pintos

Raúl Prebisch

Por la Facultad

Dr. José P. Podestá

Dr. Italo Luis Grassi

Por los Graduados

Enrique Julio Ferrarazzo

Emilio Calvo

Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

España y la Argentina

HABLANDO CON EL DOCTOR MARIO SÁENZ

Una gran figura de actualidad.—Evocación de la Argentina.—La Universidad española.—La autonomía universitaria y la intervención escolar.—El espíritu de los estudiantes y del profesorado.—La enseñanza del Derecho.—Impresión sobre España.—El Derecho, la Libertad y la Democracia.

Hemos solicitado del doctor Mario Sáenz el honor de una conversación. Sus grandes prestigios docentes, la gran autoridad de que goza en la nación argentina, su vigoroso relieve de jurista; su ardiente devoción por la Libertad y el Derecho, y sus notables explicaciones en nuestra Universidad, hacen del insigne profesor americano la gran figura de actualidad.

En torno a estas figuras que llenan un momento en la vida colectiva, parece como que se plasman todas las inquietudes espirituales y se despierta el noble afán del interrogatorio para sorprender en lo íntimo de la conciencia la proyección de los problemas circundantes, y se siente el imperativo de aproximarse al símbolo de los nobles combates ideales.

Mario Sáenz ha accedido efusivo a nuestro requerimiento, y hombre no sólo de cátedra, sino sembrador de ideas, difusor de los sentimientos democráticos, temperamento político en la más noble acepción del vocablo, quiere ponerse en contacto con la opinión, desde las columnas de un diario español. Y en las primeras horas de la tarde, el profesor ilustre nos recibe en un departamento alegre y soleado del Hotel Ritz.

Ya estamos frente al eminente jurista. No hay artificio ninguno.

Mario Sáenz es un hombre sencillo. Su rostro sereno expresa una conciencia clara; su palabra, vigorosa y precisa, trasluce una mentalidad recia; su ardimiento en la expresión nos dice de un temperamento combativo; cuando habla del Derecho y de la Democracia, su faz se ilumina, y parece como que se desploma su enérgica figura cuando pone comento a algún retroceso en la evolución del espíritu. Habla sin afectación, y sin querer, su gran temperamento docente enseña siempre. Este hombre atrayente tiene el singular don de poner rápidamente a flor de piel su corazón y su conciencia. Y así, el diálogo brota cálido, nervioso, sin reservas ni eufemismos.

Evoca su gran país, y sus palabras se inflaman de patriotismo. Nos habla de su Constitución, de las instituciones democráticas, de los avances de su legislación, del régimen jurídico de la propiedad, de los Poderes, de los partidos, del Parlamento, de la ciudadanía, del ideal de paz del continente americano.

Yo escucho su síntesis como una bella lección de cátedra y retardo el momento de « atacarle ». El y yo rehuímos el encuentro. ¡Son tan difíciles estos momentos para la interviú!

Por fin me decido. Sin duda soy un inhábil interrogador. A mi primera pregunta, mi ilustre interlocutor elude cortésmente la respuesta.

— Sigamos hablando de mi país — nos dice.

Y abandonando la butaca, afirmándose los grandes lentes de concha, moviéndose de un lado a otro del salón, nos relata lo siguiente :

— En la República Argentina hubo, hace años, un movimiento que dió el Poder a un hombre que trató de atraerse a los espíritus más selectos; algunos de ellos, de recio carácter, quedaron a la intemperie; pero otros más dúctiles se acogieron a la sombra. Entre éstos estaba un gran humanista, formidable escritor, gran orador y catedrático insigne. Fué ministro y no tuvo energías morales para resistir, y se contaminó. Un fuerte movimiento de opinión lo acusó y pidió su salida del Gobierno y de la Facultad. Aquel hombre, protegido por el Poder tenía una enorme fuerza, y, sin embargo, nosotros, jóvenes entonces, hicimos nacer esa corriente de opinión que, al fin, lo derribó. ¿Qué hicimos? Pues formar un partido para organizar en todo el país las juventudes. Porque no hay nada que tenga más potencialidad que la juventud, porque en la edad risueña los hombres no han tenido choques ni han fabricado intereses, y un soplo de ideal, de desinterés y de comunidad de fines, tiene la fuerza de un vendaval. Los hombres maduros están divididos por los choques de la vida revuelta y por los intereses que han creado en

torno a ellos y se fraccionan, y con el fraccionamiento viene la impotencia y la esterilidad.

Recuerde usted — nos dice — el caso del gran filósofo alemán Fechner, que, con cinismo propio de político y no de filósofo, cuando su sistema era combatido rudamente por escuelas y pensadores, decía que quedaría en pie porque sus detractores no se podían poner de acuerdo para atacarlo.

— ¿Quiere usted, doctor Sáenz, que hablemos de política nacional?

— Excúseme usted — nos dice, amable; — pero usted comprenderá...

No insisto, rindiéndome a la exquisita cortesía de mi hidalgo interlocutor, y rápidamente le hablo de la Universidad española.

Mario Sáenz nos habla de la Universidad con honda emoción.

— La considero a la altura de las más gloriosas de Europa; alienta en ella un gran espíritu de investigación científica, y la importancia de sus catedráticos nos era ya conocida por los que han profesado en la Argentina.

Hay una pausa, y luego continúa:

— El tipo de la organización universitaria no está dentro de las exigencias de la vida contemporánea por dos consideraciones: primera, por carecer de autonomía, viviendo casi enteramente subordinada a la acción del Estado; segunda, porque los estudiantes carecen de participación en la designación de las autoridades y en la deliberación de sus Consejos. Naturalmente — dice, — esta opinión se halla inspirada en la teoría y práctica de las Universidades argentinas.

— ¿Qué opinión tiene usted sobre la enseñanza del Derecho en nuestras Universidades?

— Es una pregunta un tanto complicada — nos responde —. Pero sin entrar en el fondo, le diré que los métodos dependen del tipo de organización universitaria. De intervenir activamente los estudiantes en la vida de la Universidad, su influjo se sentiría en la formación de los programas de enseñanza y en la selección del profesorado. El mejor control es entregar la Universidad a su propia autonomía y a la intervención de los escolares.

Nosotros exponemos al doctor Sáenz nuestra creencia de que hay en España una profunda crisis de hombres de Derecho, que acaso explique muchos de nuestros fenómenos políticos, y que en las aulas se forman, más que juristas, tipos profesionales que constituyen la plaga del abogadismo.

Y el doctor Sáenz, muy atento a nuestra pregunta, nos responde

categoricamente como para no volver sobre la cuestión, que él no ha tenido ocasión de tratar sino con excelentes profesores.

— ¿Y cuál es el espíritu de nuestros estudiantes?

Mario Sáenz pone al contestarnos un gran calor y una fuerte emoción en sus palabras. El espíritu de los estudiantes españoles está de acuerdo con las necesidades del momento, dice. Tiene una gran analogía con el espíritu de la juventud escolar argentina, porque hay en los problemas cierta universalidad e identidad en la conciencia de los escolares españoles y argentinos al preocuparles y agitarles las grandes cuestiones sociales de nuestro tiempo.

— Y ya que hablamos del espíritu de los estudiantes, ¿cree usted que se desarrolla paralelamente el espíritu del profesorado y que se halla impregnado de la misma vitalidad o, por el contrario, es más moderado en su pensamiento y en su acción?

Y a esto, Mario Sáenz, abriendo desmesuradamente los ojos y asomando un leve gesto escéptico, contesta que lo que hace falta es una más estrecha cooperación entre profesores y alumnos.

Ha terminado el torturante interrogatorio, y el espíritu cultivado del profesor insigne recaba su libertad. Es entonces cuando Mario Sáenz acusa su gran temperamento oratorio, cuando en su verbo se hacen carne las grandes categorías derecho, razón, ley : cuando vuelve a quemar su alma en el culto de su patria; cuando expresa su fe en la eficacia redentora de la libertad; cuando habla, mejor, reza, las excelencias de la democracia y la civilidad. Y es cuando canta a la República Argentina, atormentada por todas las inquietudes, patria de todas las libertades, pueblo gobernado por la razón, abierto al infinito mar del pensamiento...

Y luego Mario Sáenz nos habla de la enorme vitalidad de España, cuyos progresos materiales y morales se perciben, como él los ha percibido, de año en año; pero haciéndonos observar que todo se debe a las fuerzas vivas del país y bien poco a la acción oficial del Estado.

Y así termina nuestra conversación con este hombre ilustre, que siente profunda vocación por el Derecho, cálida pasión por la libertad y la democracia, culto por la cátedra, amor por los atributos de la personalidad humana, y que cuando los ve en riesgo daría por rescatarlos su propia vida. Mario Sáenz es un preclaro ciudadano argentino, que siente como suyos los ultrajes al Derecho, donde quiera que broten, y tal sentimiento universal de ciudadanía merece el más íntimo respeto.

ANTONIO DUBOIS.

(*La Libertad*, Madrid, mayo 29 de 1925.)